

Un Sepulcro para Joaquín Torres García*
Manuel Flores Mora

Parece un poco inverosímil el estar escribiendo ahora sobre la necesidad de encontrar un sepulcro para Joaquín Torres García, pintor máximo nacido hasta hoy en nuestra tierra, muerto en ella hace ya más de un lustro, el 8 de agosto de 1949, y para cuyos despojos mortales un grupo reducido de gentes está buscando ahora eso que a nadie se ha negado nunca, que sepamos, desde el principio de los tiempos: un lugar para los huesos, un pedazo de tierra propia o ajena donde esperar en silencio el estrépito del juicio final.

Empecemos por decir, que los despojos mortales de este gran pintor, se encuentran hoy en el panteón del Ateneo de Montevideo, que en el caso particular es como decir en el panteón de nadie, porque si "ateneo" es lugar de debates, lugar de encuentros y de exaltaciones, lugar donde profundizar y controvertir en el camino y en la búsqueda de la verdad, bueno es reconocer también que aquí, en Montevideo, mientras Torres García vivió, no hubo más ateneo que Torres García mismo, que era un ateneo caminante o, mejor dicho, un ateneo andante, un hombre-ateneo.

Y ahora, la mencionada institución —la real, la que alquila salones para exposiciones y para actos de cultura— quiere vender ese panteón, donde hay muy poca gente, apenas si el cuerpo de algunos viejos socios y servidores, que son como la escolta que en el más allá, encontró Don Joaquín. Y es así como ahora a este hombre, a este D. Joaquín portentoso, se le termina de cumplir su destino terrestre. A él, nada menos, que vivía desalojándose a sí mismo de cada sitio para seguir siempre en la búsqueda de otros sitios más altos, se le desaloja ahora y de qué manera, porque se quiere vender ese trozo de tierra —tan pequeño— sobre el cual están depositados sus huesos.

Tuvimos el honor de conocer y tratar a Joaquín Torres García. Y no es posible dudar —aún sin haberlo conocido—, de que hubiera encontrado perfecta toda esta historia, y que le hubiera inflamado de entusiasmo el designio de que su cuerpo fuese a dar a la fosa común. El, que no creía en última instancia que hubiera diferencias entre los hombres, y que aspiraba no a que unos se destacasen de otros, sino a que todos se confundieran en una suprema y libre armonía. El, que juntó unas piedras en el Parque Rodó, erigiéndolas en Monumento al Sol, y escribió debajo el deseo de "que la misma ley de unidad que reúne a estas piedras nos junte también a los hombres para vivir en la armonía".

Pero aunque él hubiera aceptado con alegría ese destino de la fosa común, nosotros que somos sus compatriotas, nosotros que le debemos todavía nuestro agradecimiento por habernos dado esa fabulosa obra pictórica que el mundo entero admira, tenemos que irlo a buscar al panteón del Ateneo y ponerlo en el Panteón Nacional, que aunque no signifique nada para Don Joaquín, es el lugar mayor de nuestro homenaje.

Homero, cuando quería en "La Ilíada" ponderar mucho la corpulencia de un guerrero que caía en el combate, decía: "Cayó y su cuerpo ocupaba un ancho lugar sobre el suelo".

* Transcripción y revisión: Lic. Silvia Sánchez

Bueno... Aunque el Panteón Nacional sea chico, y aunque la obra de Torres García, su memoria y su genio sean muy vastos, sus huesos no ocuparán tanto espacio como para que no podamos conducirlo allí, a la vera de Artigas, de Florencio Sánchez y de Julio Herrera y Reissig.